



VIVIMOS en plena mitología de la juventud, cosa que no quiere decir que vivamos entre jóvenes, ni bajo la gestión de los jóvenes. El joven se ha convertido en el tema mimado por los poderes públicos, como, allá a principios de siglo, lo fue la mujer heroica que defendía sus derechos abollando los cascos de los policías. Hemos hablado de la juventud y hemos tratado de analizar la posible gestión de esta juventud en una sociedad en plena crisis de la autoridad paterna, como nos la explica, de modo convincente, Alexander Mitscherlich en «Hacia una sociedad sin padres». Se ha puesto el acento sobre el vacío dejado por la autoridad o, por lo contrario, se ha subrayado la fuerza ascendente del valor juventud. Este valor ascendente se ha calificado de distinto modo, con cierto halagador diagnóstico por parte de Marcuse, quien nos explicaba que creía en el valor operativo de la juventud porque ésta se encontraba libre de toda ideología y, por lo tanto, le era permitido situarse al margen del sistema adoptando la actitud que él llama el **Gran Rechazo**, o bien, por lo contrario, se ha considerado, como en el interesante trabajo de John y Margaret Rowntree: *La juventud como clase*, que la juventud se ha convertido en una nueva clase con capacidad de gestión precisamente porque se encuentra integrada en el sistema.

A pesar de que, por razones obvias, se ha puesto el acento en la actitud más comprometida de la juventud, crece a nuestro alrededor más profunda, menos evidente, pero más activa, en la última instancia, la actitud del gran rechazo. Con variados matices, una gran parte de la juventud europea y americana expresa la deliberada intención de desentenderse de la civilización que tendría que heredar, renunciando más o menos agresivamente a esta herencia, adoptando cara a la problemática, que la realidad le plan-

tea, una actitud que va de la indiferencia al asco.

Las formas de rechazo tienen variados aspectos en nuestras latitudes. Nuestros jóvenes adoptan actitudes ácratas, unas veces sentimentales, otras racionalizadas, confeccionando caóticos programas con restos del anarquismo blanco, adoptando muchas veces un aire y una indumentaria que parece un remedo del romántico *blasé*. Quedan, naturalmente, los restos de una Inmigración «hippy», enervada ya por resultar casi pasada de moda, pero continuada en la comunidad de la droga. Y en último término el drama del que nos habla, estadística en la mano, la opinión pública francesa y anglosajona: la vuelta del mal del siglo, el suicidio del adolescente.

Hay un denominador común en estas actitudes: el miedo a la madurez, el horror a crecer, a integrarse, al deber de tomar partido, lo que significa juzgar y, en consecuencia, escoger, y, por lo tanto, ejercer un acto de libertad. Para librarse de este compromiso hay un sistema que ofrece todas las garantías; consiste en olvidar el camino irreversible de nuestra existencia y volver hacia atrás, buscando en el regazo de una madre idealizada el propio fantasma puro, limpio, inocente. Es un rechazo mucho menos arriesgado que la droga y, claro está, infinitamente menos arriesgado que el suicidio. Oyendo cantar a coro *Mamy blue*, uno de los últimos éxitos multitudinarios, podemos darnos cuenta que sus autores, Phil Trim y Giraud Hubert, han hecho diana. El quejido ritmado de *Mamy blue* entona el himno de la vuelta a la inocencia. Es el lamento de la felicidad perdida, cuando ni siquiera era necesario amar, sino que sólo se existía para ser amado. Oyendo a los jóvenes cantarse a sí mismos esta nana apaciguadora me ha parecido encontrarme de nuevo con el antipático fantasma de Peter Pan.

Parecía que Peter Pan había sido definitivamente olvidado, que nos habíamos librado de él, que de la sombra que le cosía la hacendosa Wendy en los talones no quedaba sino la marca de unos sostenes. Podíamos suponer que a sir James Matthew Barrie no le hubiera gustado en absoluto ver a su maravilloso héroe, el niño que jamás quiso crecer, el niño nacido en *Never, never-Land* —el país de ninguna parte—, convertido en marca de sostenes cuya finalidad es mantener los pechos juveniles, pero que a pesar de todo significa cierto compromiso con la madurez, ya que de pechos se trata. Nos imaginábamos que la realidad —uno puede oír a cualquier muchacha decirle a otra: «¡Ponte un Peter Pan, te queda un pecho monísimo!»— se había vengado de la meliflua imaginación de sir James Matthew Barrie y de su héroe, el pequeño monstruo que hizo llorar de gozo a la sociedad bienpensante de la primera mitad del siglo XX.

Pero la verdad es que no nos hemos librado de Peter Pan, del niño que no quiso crecer, porque el horror a crecer y la subsiguiente mitificación de la infancia es el producto de una conciencia que se encuentra ante una sociedad que considera injusta y opresiva, pero que decide que esta misma sociedad posee una estructura inmutable y necesaria. En realidad, mal que

nos pese, no debería sorprendernos el éxito de la creación de sir James Matthew Barrie. La sociedad en la cual nació Peter Pan —su *Never, never-Land* era en realidad la opulenta sociedad inglesa finisecular— era puritana, reprimida, descubría la injusticia social y empezaba a vivir en la cómoda mala conciencia que ya se ha hecho tradicional. Sir James Matthew Barrie, quien acumuló a lo largo de su vida todos los títulos envidiables: el de Baronet, el de rector de la Universidad, y además fue un dramaturgo y novelista de fama mundial, había esbozado ya el personaje afortunado en obras anteriores. En *Tommy and Grizel* aparece un muchacho que se ha perdido y no quiere que sus padres le encuentren porque

cesario, tan horrible y tan necesario como la misma muerte. Este libro, que se propone ser lisonjero y dulce, empieza con una reflexión que se nos antoja más bien trágica:

«Todos los niños crecen, excepto uno. Y pronto lo saben que tienen que crecer. Wendy se enteró de esta manera: un día, cuando sólo tenía dos años, estaba jugando en el jardín; cortó una flor y echó a correr para dársela a su madre. Pienso que en aquel momento debía de ser de lo más preciosa, porque la señora Darling se puso la mano sobre el corazón y exclamó: «¡Oh, por qué no podrías quedarte así para siempre!». Entre madre e hija no pasó nada más, pero, desde entonces, Wendy supo que tenía que crecer. Esto todo el mundo lo sabe en cuan-

UNA GENERACION QUE NO QUIERE CRECER

MARIA AURELIA CAPMANY

le obligarán a crecer. El mismo tema aparece en *El pajarito blanco*. Pero la realización plena del tema se inicia con el éxito teatral de *Peter Pan* (1904), sigue con la edición de *Peter Pan en Kensington* y culmina con *Peter Pan y Wendy* (1911). El éxito se mantiene a través de todas las versiones históricas. Todavía puede verse, por Navidades, la representación tradicional de *Peter Pan*, y allí van las familias bienpensantes con sus hijos, como en Barcelona acuden a ver los tradicionales *Pastorets*.

El bello modelo del niño inglés que no quiere crecer, que no quiere saber nada de la Historia que hacen sus mayores, logró un éxito internacional. En Cataluña llegó nada menos que de la mano de un excelente escritor: Marià Manent. La edición catalana aparece (1935) ilustrada con los almiarados y persuasivos dibujos de Mabel Lucie Attwell. Formato grande, edición lujosa, objeto precioso para los niños ricos, característico de la llamada literatura infantil. El libro en realidad encanta a los adolescentes asustados y a los adultos, a quienes les gusta creer que todo lo bueno se halla en el mundo de la fantasía y de lo imposible y que lo malo es la civilización, que es, además, inevitable. Crecer, tomar parte en la vida, es algo horrible, pero ne-

to cumple los dos años. Los dos años son el comienzo del fin».

El nudo dramático de la historia será el encuentro de Wendy con Peter Pan, que se produce entre ironías y sonrisas, porque el niño fósil se las sabe todas. Sabe perfectamente por qué no quiere crecer, sabe que crecer significa participar, comprometerse, incorporarse al modelo de hombre de la clase media: eficiente, conservador, bienpensante, barbudo. Cuando Wendy ha vuelto a su casa, tras el viaje emocionante que ha hecho, gracias a Peter Pan, por el mundo de la fantasía, trata de convencer a Peter para que se quede con ella.

«En aquel momento, la señora Darling se acercó a la ventana, porque ahora vigilaba a Wendy con gran cuidado. La dama explicó a Peter que había adoptado a los otros niños y que también le gustaría mucho adoptarlo.

—¿Y me haría ir al colegio? —preguntó él con astucia.

—Sí.

—¿Y después a una oficina?

—Creo que sí.

—¿Y pronto sería un hombre?

—Muy pronto.

—Pues no quiero ir al colegio ni aprender cosas serias —dijo con vehemencia—. No quiero hacerme hombre.

¡Oh, mamá de Wendy, qué angustia si me despertara y me encontrara con una enorme barba!

—Peter —dijo Wendy, que siempre trataba de consolar—, incluso con barba me gustarías.

•Y la señora Darling abrió los brazos a Peter, pero él la rechazó.

—¡Atrás, señora! A mí nadie me atraparé para hacer de mí un hombre».

En realidad, el horror de Peter parece justificado. El personaje que le han ofrecido como modelo, el único que parece se hallaba en el horizonte intelectual de sir James M. Barrie, no es ciertamente de lo más atractivo. Pero no hay duda que el astuto apologeta de la infancia feliz nos ofrece una disyuntiva apabulladora: o negarse a crecer o convertirse en un eficaz y serio dirigente de la sociedad burguesa. Así es que Peter, una vez más, se salva de la tentación de crecer, huye a su mundo intemporal y cuando vuelve se encuentra que Wendy es ya una mujer, y además casada y con una hija. Peter se lleva tal susto que casi pierde su condición de niño eterno, ya que, según Barrie nos ha explicado, los niños son alegres, inocentes e insensibles, por lo cual no pueden conocer el sufrimiento. Pero Peter pierde por un momento su invulnerabilidad:

«Luego encendió la lámpara y Peter la vio. El niño exhaló un grito de dolor, y cuando la dama alta y bonita se inclinó para tomarlo en brazos, retrocedió vivamente.

—¿Qué te pasa? —exclamó de nuevo.

«Ella tuvo que explicárselo.

—Ya soy mayor, Peter. Tengo más de veinte años; ya hace mucho que crecí.

—¡Me prometiste que no crecerías!

—No lo pude evitar. Estoy casada, Peter.

—¡No, no es verdad!

—Sí, y la niña que hay en la camita es mi hija.

—¡No, no puede ser!

«Pero después pensó que sí lo era, y levantó el puñal y dio un paso hacia la niña dormida».

No la mató, claro está; se quedó llorando, y la pobre Wendy, avergonzada de su condición de persona mayor, se fue de la habitación. Allí quedó Peter, y reanudó la amistad con la hija de Wendy, y más tarde con la hija de la hija, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos. Porque, como nos susurra con su cómoda moraleja sir James M. Barrie, la sociedad de los mayores será siempre injusta, siempre llena de frustraciones, siempre coercitiva, y el único modo que tenemos de evadirnos de ella es instalándonos en el mundo ficticio de una infancia imaginada, llena de unos niños que supondremos felices porque son **alegres, inocentes y un poco egoístas.**

No hay que olvidar que en esta Tierra-de-Ninguna-Parte, en donde se refugian adolescentes y mayores para exiliarse de la vida, los niños representan los papeles que en la sociedad normal asumen los adultos. Wendy es la enamorada, pero también es la madrecita de Peter, una madrecita que remeda, como en los juegos infantiles, las funciones genuinas: cose los desgarrones, cura las heridas, consuela en caso de llanto. Es la madre niña, col-

mo de la comodidad en la mente de sir James M. Barrie, es decir, una madre que no ha pasado por la turbia circunstancia de ser mujer. Esta infancia inventada, este niño-niña robot, que sirve como refugio de emergencia, nada tiene que ver con los niños reales, y menos con la multitud de niños que viven en la calle, fuera del ámbito de la niñez burguesa. La creación de un mundo infantil, absurdo, ilógico, invulnerable, aleja la realidad angustiada, el **nonsense** opera como venganza contra la supuesta coherencia de la realidad cotidiana y permite olvidar lo que es capaz de hacer con los niños la orgullosa civilización industrial. Florence Becker Lennon, al comentar la obsesiva atracción que Lewis Carrol (el autor de **Alicia en tierra de maravillas**) sentía hacia las niñas, destaca la actitud humana de su autor, quien declara de sí mismo que era en primer lugar inglés y después un conservador, y nos recuerda lo que sucedía en el mundo real de la infancia, mientras el poeta del absurdo perseguía el fantasma de la niña-amada:

«El año de la aparición de Alicia... (1865), el Parlamento nombró una comisión para investigar sobre el empleo de los niños y de los jóvenes en las empresas comerciales e industriales aún no regidas por la ley. La comisión constató que muchos niños trabajaban desde el amanecer hasta una hora avanzada de la noche en talleres de alfarería, en fábricas de cerillas, etcétera. De la mañana a la noche, un ejército de niñas hacía puntillas en estancias sin aire, heladas en invierno, sofocantes en verano». Y concluye: «Quizé para él era demasiado horrible plantearse estas cosas. Contra los males de esta clase y contra otros frente a los que no veía remedio, se arropó con el abrigo del **nonsense**».

También a Lewis Carrol, como a Peter Pan, las niñas le traicionaban, convirtiéndose en mujeres, y en alguna ocasión daba de bruces contra el mundo real, bien a pesar suyo. Cuenta uno de sus biógrafos que en una ocasión se dirigía a una casa en donde le esperaba una fiesta de niños. Encontró la puerta abierta, se puso de cuatro patas y entró rugiendo como si fuera un oso. Pero se había equivocado de puerta, y en vez de los niños encontró a un grupo de mujeres que se habían reunido para tratar de reformas sociales. Ante el estupor de las señoras al ver al serio profesor de cuatro patas, se puso de pie y echó a correr.

También Carrol, a cuestas con sus problemas personales, trató de huir de la realidad y fue también un buen conservador que no deseó nunca que esta realidad de la cual huía cambiara.

Pocos leen hoy a Peter Pan y pocos también son los que leen la historia de Alicia..., aunque el mundo de Alicia se haya puesto de nuevo de moda con la revalorización de las conquistas del surrealismo. Pero el terror a la madurez se expresa idéntico, aunque en otro lenguaje: con la abundancia de los objetos-juego, con el cultivo de la incoherencia, con la adhesión al ritmo-gemido, del cual es un magnífico ejemplo el éxito de **Mamy blue**. Y lo cierto es que nuestra juventud no encontrará ninguna dificultad en remedar al célebre Peter Pan, el niño que no quiso crecer. El niño fósil no va a ofrecer jamás ningún problema. ■

